



www.loqueleo.com/es

© 2010, Javier Ruescas

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-016-9

Depósito legal: M-1.338-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: noviembre de 2019

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

TEMPUS FUGIT

Ladrones de almas

JAVIER RUESCAS

loqueleg

*A mi hermana Marta,
por el brillante porvenir que se está forjando.*

*Al verdadero Pablo,
porque llegará tan lejos como desee.*

*A todos aquellos que luchan
por sus sueños hasta el final,
sin permitir que nada ni nadie
perturbe la Esencia de sus Futuros.*

*El emperador comenzó a alimentar a su extraordinario reloj
con las almas de aquellos que se atrevían a tocarlo.
Y así, pronto la ciudad se llenó de cuerpos vivos, pero sin alma,
como cáscaras vacías, como autómatas
que se movían sin recordar cómo ni por qué.*

El coleccionista de relojes extraordinarios,
LAURA GALLEGO GARCÍA

Capítulo 1

*No pienso nunca en el futuro
porque llega muy pronto.*

ALBERT EINSTEIN

9

Pablo abrió la puerta de la cabaña en pleno bostezo.

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó su madre levantándose de la silla en la que había estado zurciendo unos pantalones.

El muchacho se encogió de hombros y respondió:

—No muy bien, maese Brunet no estaba muy convencido de quererme en su fragua.

—¿Que no...? —Las palabras se le atascaron en la boca—. ¡Después de tenerte el día entero trabajando! ¿Qué te ha dicho? ¿Que no eres lo suficientemente fuerte? ¿Que no conoces el oficio? ¡Será canalla! ¡Menudo sinvergüenza!

—Madre... —musitó Pablo, sin ninguna convicción de poder calmarla. Las llamas de las velas tintaban las paredes de madera con brillos anaranjados.

—Mañana iré a hablar con él —aseveró.

—¿De qué servirá? Tiene razón: no creo que tenga ni la fuerza ni la altura adecuadas para el oficio —suspiró y añadió—: Siento haberte defraudado.

Su madre avanzó hasta él y le señaló con el dedo índice, molesta.

—No se te ocurra decir semejantes bobadas, Pablo. Eres uno de los muchachos más altos de la aldea. A lo mejor tendrías que haberle recordado cómo venciste al enclenque de su hijo en la última feria. —El joven sonrió más animado—. ¡Y no quiero volver a oírte decir que me has defraudado! Si el cabeza de chorlito del herrero no quiere tenerte en su fragua, él sabrá. Quedan montones de trabajos en el pueblo.

—Pero ninguno pagará tan bien como él —replicó.

—Pamplinas. Vete a la cama y descansa. Y no pienses más en ello.

—Sí, madre. Buenas noches.

El joven le dio un beso en la mejilla y subió las destartadas escaleras con la cabeza gacha y el ánimo arrastrándose por los peldaños. Aquel trabajo tenía que haber sido suyo.

Su padre ni le habría mirado a los ojos, pensaba mientras se quitaba la pestilente ropa que llevaba y se enfundaba la camisola de dormir. Si se enterase, volvería de la ciudad solo para hacerle saber lo decepcionado que se sentía. Por suerte para el chico, el hombre tardaría varias semanas en regresar y tal vez para entonces ya hubiera encontrado un trabajo decente.

El muchacho se dejó caer sobre el camastro, desilusionado.

¿A quién quería engañar? Tenía dieciséis años y todavía no había hecho nada de provecho. Hasta entonces solo su padre se había encargado de traer dinero a casa. «Castilla no se ha construido con el sudor de un solo hombre», solía decirle cuando se mencionaba el tema, y llevaba razón. Tenía amigos alistados en el ejército, trabajando en la gran ciudad, ¡incluso conocía el caso de una muchacha de doce años que había entrado a formar parte de la corte del rey! ¿Y él? Ahí seguía: ayudando a su madre con el huerto y el pastoreo. Dieciséis años y no aspiraba más que a ordeñar vacas y a esquilar ovejas.

11

Pero eso cambiaría, se juró. Al día siguiente, para empezar, iría a hablar con maese Brunet y le pediría el salario que le correspondía por haberle tenido el día entero golpeando el hierro. Si bien era cierto que no lo había hecho con la mayor destreza, ni con toda la fuerza que se requería, las agujetas del día siguiente serían las mismas, y el tiempo perdido en la herrería no lo recuperaría de ningún modo.

Las horas junto al fuego, martillando filos y fundiendo empuñaduras, le habían dejado molido. Sentía cada músculo palpitando del cansancio. En el fondo se alegraba de que maese Brunet no hubiese quedado impresionado por su labor, así al menos tenía una excusa para no volver sin que nadie pudiera decir que no lo había intentado.

Elucubrando sobre su futuro, con el viento helador silbando sobre la cabaña, el muchacho se fue quedando dormido. Tuvo un sueño tranquilo, profundo. Parecía que ha-

bían transcurrido tan solo un par de minutos cuando un sonido le despertó de golpe.

¿Qué podía haberle desvelado? Se rascó la cabeza, somnoliento. Iba a cerrar los ojos cuando el sonido se repitió. Un golpe seco en la madera. Abajo. En la cocina.

—Madre... —murmuró. Se levantó y se puso rápidamente los pantalones que había llevado a la fragua. Sin perder un instante, salió de su habitación y bajó las escaleras intentando hacer el menor ruido posible y evitando los escalones que más crujían.

12

Se detuvo a cierta distancia y miró a través de los barrotes de la barandilla. Todo parecía estar en calma. Y entonces, una luz azulada inundó la planta entera. Pablo no podía ver su procedencia, ni tampoco quién la había invocado, pero aquello no podía ser nada bueno. «Magia», pensó. Daba la sensación de que el reflejo de la luna se hubiese colado por la chimenea y estuviera iluminando toda la habitación. Cuando tuvo el valor suficiente para bajar y plantar cara a lo que allí hubiese, la luz se esfumó y una figura vestida de negro con una gabardina oscura cruzó el salón y desapareció por la puerta.

El muchacho bajó los últimos peldaños de un salto. Había un cuerpo tirado junto a la mesa.

—¡Madre! —exclamó el joven. La zarandeó para que despertase, pero parecía estar...—. No. Respira, respira... Madre, ¡madre! ¡Despierta!

Pablo pensó que lo mejor sería llevarla a su cuarto, pero no iba a permitir que quien le había hecho aquello escapase. Iría tras él y después regresaría para despertarla.

No estaba muerta y no parecía tener ninguna herida.

Con aquel pensamiento en la cabeza, se puso las botas que había a la entrada y sacó del baúl la daga que su padre le había regalado hacía unos meses. «Para defender la casa mientras yo no esté», le había dicho. No había sido capaz de hacerlo, pero enmendaría su error.

La fría noche le recibió con su gélido aliento. Al principio no supo hacia dónde debía dirigirse, pero no tardó en vislumbrar una luz a lo lejos que se bamboleaba en la oscuridad.

Echó a correr tras ella sin fijarse siquiera en dónde pisaba; conocía bien el lugar. Se dirigía al río.

—Pues no escapará —se juró el chico.

A cada paso que daba, más grande se hacía la luz y más claro tenía que haber hecho bien siguiendo su rastro. La lámpara de aceite la sostenía quien había irrumpido en su casa. Le atraparía y le haría pagar por lo que le había hecho a su madre, fuera lo que fuese.

De tanto en tanto, el otro se giraba, instigado por la sensación de estar siendo observado, pero Pablo era rápido y se perdía entre los arbustos permaneciendo invisible.

Entonces, a unos metros del río, el intruso se detuvo en seco y sacó de la gabardina un segundo objeto que Pablo no llegó a ver. «¿Una navaja, tal vez?», se preguntó el muchacho. La negra figura se recortaba en el reflejo del río.

Con cuidado, se acercó lentamente. El otro parecía distraído.

Ahora o nunca.

De un salto, Pablo se abalanzó sobre él y le agarró por los hombros para hacerle perder el equilibrio. La lámpara de aceite, que en un principio Pablo había creído que llevaba, era en realidad un objeto cilíndrico que rodó por el suelo, apagándose cerca de ellos.

El agredido pareció maldecir en un idioma incomprendible e intentó escabullirse.

14 Por su parte, Pablo tiró con todas sus fuerzas del embozo negro que le cubría el rostro para descubrir que se trataba de un joven más o menos de su edad. Su adversario aprovechó aquel instante de sorpresa para asestarle un puñetazo que no pudo esquivar. Rodó por el suelo llenándose de barro la ropa y rompiéndose los pantalones.

Si hubiese querido, el intruso podría haberle matado allí mismo. Sin embargo, se limitó a recoger la misteriosa lámpara y el verdugo y a salir corriendo con el otro objeto bien agarrado entre las manos.

—¡No huyas! —le gritó Pablo, avergonzado y furioso.

La daga se le había caído cerca de la orilla, pero le dio lo mismo. Estaba claro que su contrincante no iba armado. Podría defenderse como le había enseñado su padre llegado el caso.

Se volvió a poner en pie y corrió para alcanzarle sin ningún sigilo. La rapidez era la única baza con la que contaba en ese momento.

Pronto vislumbró la luz de nuevo; no estaba lejos. Con un último esfuerzo, e intentando no hacer caso de los pinchazos que sentía en las rodillas, Pablo aceleró el ritmo.

Se encontraba a menos de cinco metros de él y tan solo una roca en el camino los separaba. Pablo tomó impulso, saltó sobre la piedra y gritó:

—¡No escaparás!

En el preciso instante en el que el muchacho se giraba para mirarle, Pablo cayó sobre él.

—¡Te tengo! —exclamó.

Y entonces, desaparecieron.

La nada es difícil de describir. Sobre todo cuando no hay *algo* con que compararla. No es blanca ni negra. Es un hueco. Un agujero, pero sin límites.

15

Cuando Pablo abrió los ojos pensó que se había quedado ciego. Estaban rodeados de nada. No podía describirlo de otro modo. Ni aire, ni tierra, ni suelo, ni techo, no había paredes y tampoco estaban al aire libre. Sintió que le fallaba la respiración y que una claustrofobia fuera de lo corriente amenazaba con hacerle perder el conocimiento. El único motivo por el que aún no se había mareado era porque el intruso le estaba agarrando con fuerza de la camisa, agitándole mientras gritaba frases ininteligibles.

Pablo intentó desasirse del muchacho, pero no le quedaban casi fuerzas. Finalmente, este le soltó con desprecio y salió corriendo hacia lo lejos. Pablo pensó que lo mismo le hubiera dado optar por cualquier otra dirección; la nada los rodeaba.

El muchacho se puso de pie con un esfuerzo sobrehumano, aterrado y angustiado al mismo tiempo. ¿Dónde estaba? ¿Qué clase de brujería era aquella? ¿Qué le

habían hecho? Se obligó a dejar de pensar y echó a correr tras el extraño. No le dejaría escapar, no después de haber llegado tan lejos. Si le daba más vueltas al asunto, terminaría volviéndose loco.

Avanzó tan rápido como las contusiones le permitían, haciendo un esfuerzo para no quedarse embobado mirando sus botas pisando la nada. Corrió tras su enemigo, cuyo pelo largo y oscuro ondeaba con ligereza a su alrededor.

16 —¡No... escaparás! —le gritó, escuchando su voz amplificada por el eco.

El otro se dio la vuelta y maldijo de nuevo, acelerando el paso. Entonces, al fondo, frente a ellos, más allá de donde se encontraba el perseguido, apareció la entrada de lo que parecía ser un túnel.

Era un agujero oscuro en mitad de la nada.

El extraño llegó a la entrada y se paró para observar a Pablo. Le gritó algo que, aun en ese idioma que Pablo desconocía, le sonó a amenaza. Después siguió avanzando hasta que la oscuridad se lo tragó por completo.

—¡No! —exclamó Pablo, y su grito reverberó en aquel lugar—. ¡Te... atraparé!

Y cuando la entrada al agujero parecía estar disminuyendo lentamente, puso un pie dentro y siguió avanzando hasta que, también él, desapareció.

Capítulo 2

*Hay ladrones a los que no se castiga,
pero que roban lo más preciado: el tiempo.*

17

NAPOLEÓN I

El futuro era algo relativo, y Kleid lo sabía.

Mientras andaba con paso ligero entre los enormes edificios de la ciudad, iba pensando en ello. ¿Cuántos humanos le habrían pedido clemencia de haber sabido lo que les iba a suceder? Seguramente, todos. Habrían rogado que no les robase su Futuro, que lo dejase intacto, que les permitiera vivirlo. ¿Y qué habrían hecho si Kleid hubiera sido lo suficientemente benévolo y estúpido como para darles esa satisfacción? Pues desperdiciarlo, como siempre. Habrían jurado tener más cuidado en adelante, por supuesto, pero no habrían tardado en romper su palabra.

Así eran los humanos: predecibles y mentirosos. Muy mentirosos.

El joven miró su reloj y apretó el paso. Se hacía tarde. En escasos minutos una adolescente de catorce años

Cambiaría y Kleid debía estar allí para presenciarlo y llevar a cabo su cometido.

Kleid no era un joven corriente. Bajo su aspecto de chico atlético de diecisiete años con el pelo castaño claro y los ojos azules, casi blancos, se ocultaba la identidad de un protovidente o protovid. Mitad humano, mitad androide, había sido semicreado para detectar los Cambios de las personas y poder robar así sus Esencias; el Alma de sus Futuros.

18 Le resultaba curioso con qué facilidad y libertad una persona podía decirle a otra lo buen artista que sería de mayor, o lo bien que se le darían las ciencias, o lo lejos que llegaría en el campo de la mecánica. Cómo podían, con esas simples palabras, modificar la Esencia del otro sin que ninguno de los dos lo percibiese. Cómo, con un poco de insistencia, cualquier humano cambiaba la suya en un abrir y cerrar de ojos. Había quienes se mantenían firmes, claro, quienes tenían Esencias tan arraigadas que sería imposible disuadirlos para que cambiaran. Pero, en general, los humanos eran tan volubles como una nube de verano y hacían cualquier cosa por contentar a otros.

Cualquiera podía haber soñado desde pequeño con ser el mejor bombero del mundo, con salvar vidas, con rescatar a personas..., lo que fuese, daba lo mismo; en cuanto la persona adecuada le dijese que su futuro estaba en cuidar niños, se lo empezaría a plantear y terminaría por convencerse de que aquella, y no la de ser bombero, era su verdadera vocación. Así de fácil, así de sencillo.

Pero no solo en el ámbito laboral se producían aquellas alteraciones de la Esencia, como Kleid bien sabía. También sucedía en relación con los estados de ánimo, en la forma de enfrentarse a los acontecimientos, en la ilusión o la desgana con la que las personas podían vivir sus vidas... A veces no necesitaban que nadie les dijese nada para que cambiaran su propia Esencia. Soplar las velas de cumpleaños y pedir un deseo, proponerse un nuevo reto para el nuevo año, dar el primer beso o descubrir que iban a ser padres eran algunas de las infinitas situaciones que podían ser propicias para el Cambio.

19

Por eso Kleid iba en busca de Sarah Gianni. Una joven de catorce años de piel morena y pelo castaño. Deportista. Alegre. Un tanto descarada y muy soñadora.

Su objetivo en la misión de aquella noche.

La Pitonisa, el ordenador central que registraba dónde, cuándo y a quién afectarían los Cambios, le había dado las coordenadas exactas y la hora oportuna en las que Kleid tenía que estar dispuesto para efectuar el robo. No le daban más información; tampoco la necesitaba. Lo que después se hiciese con los Futuros, o los motivos por los que debía extirparlos, no eran de su incumbencia, aunque no por eso dejaba de sentir curiosidad.

El muchacho volvió a mirar su reloj. Contaba con diez minutos para llegar al parque Conrad. Echó a correr calle abajo hasta desembocar en la zona residencial de la ciudad; el lugar le resultaba más que conocido. La mayoría de sus misiones se desarrollaban allí. A fin de cuentas, ¿quiénes iban a tener Futuros más prometedores que los ricos?

De un salto cruzó la verja que bordeaba el recinto y no se detuvo hasta llegar a la zona cubierta en mitad del parque. Allí, acuclillado detrás de los árboles y los setos, aguardó el momento oportuno.

El objetivo entró en su campo de visión a los pocos segundos. Un chico la rodeaba con los brazos mientras ella dirigía sus pasos hacia un banco próximo.

—¿Nos sentamos? —preguntó Sarah.

—Claro —contestó él.

20

Kleid puso los ojos en blanco. Llevaba años estudiando a los humanos y todavía se veía incapaz de comprender el funcionamiento del amor. Las pasiones humanas le eran, en gran medida, ajenas. Tan solo la supervivencia, la desconfianza, el miedo y la venganza eran sus compañeros habituales. La piedad, el amor y la amistad eran sentimientos que veía a diario, pero que no estaba capacitado para experimentar.

Daba lo mismo. No debía distraerse. Se obligó a prestar atención y a seguir oculto.

Sarah se acurrucó junto al chico y este la abrazó con calidez. Después se apartó de su pecho y la miró a los ojos.

—Estás guapísima —le dijo.

Ella no respondió, se limitó a sonreír.

Kleid se levantó unos centímetros y aguantó, todavía con las rodillas flexionadas.

—¿Has oído algo? —preguntó de pronto el chico.

—¿Qué?

«¡Mierda!», pensó Kleid. Se acuclilló de nuevo y contuvo la respiración. Estaba demasiado cerca, podían verle si

no tenía cuidado. Odiaba aquella faceta de los seres humanos: la de percibir con tanta facilidad que estaban siendo observados o perseguidos. En más de una ocasión le había acarreado problemas.

El joven del banco miró a su alrededor hasta estar convencido de que solo había sido su imaginación.

—No, nada —respondió finalmente. Después acarició suavemente la mejilla a Sarah.

—Te quiero —le dijo.

—Yo también —respondió ella.

Y, lentamente, sus cabezas fueron acercándose hasta que sus labios se juntaron.

«Ahora», pensó Kleid.

Amparado por las sombras se puso en pie y extendió su brazo derecho. A continuación abrió la palma de la mano y de ella surgió un haz de luz violeta que cruzó la distancia que le separaba de la pareja hasta posarse en la frente de Sarah.

Un torrente azulado, aún más vigoroso que su propia luz violeta, deshizo el camino, llevándose consigo la Esencia de Sarah. Así se mantuvo durante unos segundos, absorbiendo su Futuro y guardándolo en el anillo que llevaba en el dedo corazón. Aquel era su trabajo; para lo que había sido creado.

Cuando la última partícula azulada desapareció dentro de su anillo, bajó la mano y la noche volvió a sumirse en la más absoluta oscuridad.

Ella ni se inmutó. Siguió besando al joven como si nada. Pero cuando él se separó con una sonrisa en los

labios, Sarah permaneció en la misma posición. Con la boca entreabierta y la mirada clavada en el infinito.

—¿Sarah? —preguntó—. ¿Qué te ocurre? —Pero no obtuvo respuesta—. ¡¿Sarah?! ¡Sarah! ¡Despierta...! Oh, no, no...

Kleid vio cómo la zarandeaba e intentaba despertarla, atraer su mirada..., lo que fuese. Nada de aquello serviría. Kleid lo sabía. Sarah permanecería el resto de su vida en aquel estado semiletárgico. No volvería a comer ni a beber si alguien no le ponía la comida y la bebida en la boca, ni volvería a andar si alguien no la llevaba del brazo, ni volvería a dormir si alguien no le cerraba los ojos.

22

No tendría más futuro que ese: envejecer sin vivir.

Era duro, incluso Kleid sintió cierta pena por la muchacha. Una chispa de remordimiento quizás, nada preocupante. Sabía que no debía dejarse llevar por su parte humana; la androide era la que mandaba, y quería que siguiera siendo así.

Se retiró en silencio para hacer la llamada reglamentaria. Cuando estuvo a una distancia prudencial, sacó un diminuto teléfono móvil del bolsillo y seleccionó el contacto.

—Está hecho —dijo.

—Bien, vuelve inmediatamente —respondió una voz al otro lado. Rápidamente colgó y se dirigió a la cabina de teleporte más cercana.

A su espalda tan solo se oían los gritos de socorro del chico en mitad de la noche, desesperado porque alguien, más que ayudarle, le explicase qué había sucedido.